

## FEDERICO GARCÍA LORCA EN NUEVA YORK Y LA HABANA

ESZTER KATONA

Universidad de Szeged

Christopher Maurer, Andrew A. Anderson:  
*Federico García Lorca en Nueva York y La Habana: Cartas y recuerdos*  
Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores Barcelona, 2013, 382 páginas

La gran noticia editorial de la primavera del año 2013 fue la publicación –según se dice en la portada “la primera edición del original”– del libro *Poeta en Nueva York*, poemario emblemático de Federico García Lorca. La novedad de la edición fue que el hispanista británico, Andrew A. Anderson, que fijó y anotó el tomo, siguió fielmente la última voluntad del poeta.

El otoño del mismo año guardó otra joya editorial para los *lorquistas*, otro libro que en su temática sigue la misma “línea americana”. Como nos descubre ya el título (*Federico García Lorca en Nueva York y La Habana*), con este libro conoceremos los detalles biográficos de un año de Lorca, pasado en América –nueve meses en Nueva York y tres en Cuba–, en el espejo de las cartas y los recuerdos. Semejantemente a la edición del poemario, este libro también fue publicado por la editorial Galaxia Gutenberg (Círculo de Lectores), bajo el nombre de Christopher Maurer y Andrew A. Anderson. No fue la primera vez que los dos investigadores publicaron juntos, ya que el resultado de su cooperación fue también la publicación del *Epistolario completo* de García Lorca en 1997.

En su estructura, el tomo se divide en dos. La primera parte, unas 130 páginas, recoge las cartas fechadas durante la estancia americana del poeta de Fuente Vaqueros. La novedad de esta colección de mensajes es que aquí podemos leer no solamente las cartas enviadas por Federico, sino que también las respuestas recibidas. Por supuesto, los mensajes enviados no siempre estaban a la disposición de los autores, porque durante las ocho décadas muchos documentos de valor se perdieron. Sin embargo, con la publicación de algunas de estas cartas conservadas, Anderson y Maurer lograron completar la correspondencia hasta hoy conocida más bien unilateralmente, es decir, sobre todo desde el punto de vista del remitente.

La mayor parte de las 66 cartas ordenadas cronológicamente la forma la correspondencia familiar, de las cuales 21 fueron enviadas por Lorca –todas incluidas ya en el *Epistolario completo*–, y siete cartas firmadas por los padres, Vicenta Lorca y Federico García. Estas últimas fueron publicadas en su integridad por primera vez en las páginas del libro de Maurer y Anderson.

En las cartas enviadas desde Nueva York, el poeta da una descripción detallada de la metrópoli, escribe sobre la vida social pululante y detalla su lucha incesante con el idioma inglés. Relata con entusiasmo los rascacielos, que son *terribles* pero a la vez muy *poéticos*, los anuncios luminosos, el Wall Street, la caída de la Bolsa, Broadway, Harlem y Coney Island. Sus descripciones están llenas de ambivalencia: admira, pero a la vez odia y rechaza aquella deshumanizada y maquinizada *Babilonia trepidante y enloquecedora*. Le parecía incomprendible la enorme variedad racial y la tolerancia religiosa de la gran ciudad. Encontró muy pronto las semejanzas entre el mundo de los afroamericanos y el de los gitanos andaluces no solamente por la marginalidad social de ambos grupo raciales, sino también descubrió paralelismos entre su música.

Otras veces, Lorca adjuntó a sus cartas fotografías y cortes de noticias de los periódicos neoyorkinos que contenían alguna información sobre él. Es interesante que a sus padres les escribe sobre sus sentimientos y estado anímico en tono alegre y siempre positivo, a pesar de que en junio de 1929, como es bien conocido, se despidió de su familia en una profunda crisis tanto personal como profesional, en un estado deprimido, cercano al suicidio. Maurer y Anderson, en su prólogo, destacan justamente esta autocensura (p. IX) ejercida por García Lorca en sus cartas enviadas a sus queridos, cuyo motivo fue, probablemente, que quería tranquilizar a su madre siempre preocupada por su primogénito. Sin embargo, los poemas de aquel periodo y unas cartas más sinceras enviadas a los amigos íntimos ya no enmascaran la realidad: nos descubren la profunda tristeza que sentía Lorca por la soledad, la infelicidad, la pérdida de la infancia y la inocencia, la búsqueda de la voz poética y la incertidumbre causada por su homosexualidad.

Las respuestas de los padres –todas firmadas por la madre, Vicenta Lorca– justifican la relación madre e hijo que conocemos ya de las biografías del poeta. La mujer de 59 años apoya sin cesar a su hijo mayor y le anima para que disfrute de todas las posibilidades, estudie diligentemente el inglés y que trabaje con constancia. La preocupación de la madre por su hijo es entendible, visto que Federico, de 31 años cumplidos, aún no tenía sueldo fijo y estable, y los padres nunca consideraron la poesía una profesión que garantizara la seguridad económica suficiente para la vida. Aunque esta intranquilidad se rebajó un poco después del enorme éxito del *Romancero gitano*, las cartas reflejan bien que la madre siguió preocupándose por el futuro de Federico. El poeta, casi en todas sus misivas, menciona que sus padres no se olviden de enviarle los cien dólares al mes y, a veces, cuando tuvo gastos extras en ropas o en entradas de teatro, pidió aún más dinero.

Entre los acontecimientos familiares durante la estancia neoyorkina de García Lorca hay que destacar el noviazgo y luego las bodas de la hermana menor, Concha con Manuel Fernández Montesinos, el futuro alcalde socialista de Granada. Federico llegó a saber la alegre noticia a través de la carta de su madre, pero su felicidad se mezcló con un poco de tristeza, ya que él no pudo estar presente en la fiesta celebrada en diciembre

de 1929 y, así, pudo felicitar a la pareja solo con un telegrama. Concha y su novio respondieron cariñosamente al poeta desde Barcelona, donde pasaban su luna de miel.

La otra parte de la colección de las cartas se compone, por un lado, de las misivas enviadas por Lorca a sus amigos y, por otro, de las respuestas recibidas de parte de ellos. Estas cartas –tres escritas a Carlos Morla Lynch, embajador chileno en Madrid, una a Melchor Fernández Almagro, crítico literario, historiador y periodista granadino, y otra enviada a Rafael Martínez Nadal, amigo íntimo de Lorca– nos descubren, como hemos mencionado, mucho más el verdadero estado anímico de Lorca que las relaciones dedicadas a sus padres, a veces más largas pero emocionalmente más enmascaradas. El poema *Infancia y muerte*, adjunto a la carta escrita a Martínez Nadal con el comentario “Para que te des cuenta de mi estado de ánimo” (p. 78) nos revela los sentimientos verdaderos de García Lorca.

Maurer y Anderson publican también algunas cartas enviadas a los amigos americanos, entre ellos a Philip Cummings (pp. 19-21, 32). Después de terminar el curso veraniego de inglés en la Columbia University, Lorca viajó para visitar a Cummings y a su familia, en Eden Mills, un pueblo cercano a la frontera canadiense, en el estado Vermont. La hermosura pictórica del paisaje y del ambiente triste y soñoliento inspiró a Lorca: escribió sin cesar y allí nacieron tres poemas (*Cielo vivo*, *Poema doble del lago Eden*, *Vaca*) del futuro poemario neoyorkino.

La fuerza del trabajo de Lorca siguió muy activa también durante las próximas semanas pasadas en el pueblo Bushnellsville y en la pequeña ciudad de Newburgh en los que el poeta pudo aprovechar primero la hospitalidad de Ángel del Río y luego la de Federico de Onís y su familia. El libro de Maurer y Anderson contiene tres cartas enviadas a las mencionadas hispanistas: dos misivas escritas al primero y un mensaje enviado al segundo.

Entre los destinatarios y/o remitentes de las otras cartas aparecen los nombres de Mildred Adams, Herschel y Norma Brickell, Hugh O'Donnell, María Antonieta Rivas Mercado, Margarita de Mayo, Lucilla de Vescovi Whitman, Antonio Espina, Florence Botsford, Irving Brown, José María Chacón y Calvo y Francisco Campos Aravaca. Con este último Lorca hizo amistad aún en Granada, pero Campos Aravaca en 1929 estaba en Cuba como cónsul español y él invitó al poeta a visitar el país caribeño en una carta fechada el 14 (o el 19) de septiembre de 1929 (p. 54). Esta misiva es el primer documento sobre el proyectado viaje de Lorca a La Habana que se realizó finalmente en marzo de 1930. La noticia de la llegada del joven andaluz a Cuba fue documentada también por un telegrama enviado a la Institución Hispano-Cubana de Cultura (p. 113).

Los autores-redactores del libro completaron las cartas con abundantes notas, así los numerosos nombres son fácilmente identificables incluso para los lectores no expertos en la vida social y cultural americana, española e hispanoamericana de las décadas veinte y treinta del siglo pasado. Junto a la riqueza del aparato de notas explicativas hay que destacar también la estrecha relación que une las cartas con los recuerdos –en la segunda parte del tomo– que reflexionan sobre algunos detalles de los mensajes enviados.

En la segunda parte del libro, más larga que la primera (más de 200 páginas), Maurer y Anderson nos ofrecen una selección de textos y documentos que se acercan de manera biográfica a los meses de Lorca pasados en Nueva York y en La Habana. El periodo cubano recibe menor atención en la monografía, cuya razón es no solamente que el viaje caribeño de Lorca durara menos (tres meses) que su estancia en los Estados Unidos, sino que esta parte de la biografía lorquiana es mucho más conocida con una bibliografía más amplia. Aquí tenemos que mencionar a Erzsébet Dobos, que en Hungría fue la primera hispanista que investigó más profundamente esta parte de la vida de García Lora, en su libro *Conversaciones en La Habana. El episodio cubano de Federico García Lorca* (Budapest, Eötvös Kiadó, 2007) y con cuyo nombre podemos encontrarnos incluso en los *Agradecimientos* de los autores (p. XVII) del libro de nuestra recensión.

La conferencia-recital de Lorca, *Un poeta en Nueva York* (pp. 133-149) –un texto que el poeta leyó más veces con éxito ante el público entre 1931 y 1935– abre la segunda parte del tomo (*Los recuerdos*). Después viene la cronología minuciosa de la estancia norteamericana de Lorca (pp. 150-158) y las memorias de los personajes con cuyos nombres ya nos hemos encontrado en las cartas publicadas en la primera parte del libro. Estos relatos se alternan con cortes de prensa, noticias periodísticas sobre García Lorca, entrevistas al poeta e incluso caricaturas. La cantidad de las fotografías contemporáneas es imponente: hay fotos sobre lugares que Lorca visitó (Harlem, Broadway, Wall Street, Coney Island, el campus de la Columbia University, Vermont... etc.) y retratos de personas con las que el granadino se puso en contacto allí. Además, portadas de libros, cartas facsímiles, tarjetas postales, manuscritos y dibujos contemporáneos enriquecen la selección de la parte visual del libro. Hay algunas curiosidades como, por ejemplo, la copia del pasaporte de Lorca (p. 4) o de la factura de la Universidad de Colombia por el alojamiento en John Jay Hall (p. 212). Sin embargo, de los dibujos de Lorca aparecen solo dos (pp. 128 y 278) aunque es bien conocido que este periodo de Lorca fue muy fructífero también desde este aspecto.

Las partes más valiosas de esta materia son, sin duda alguna, las memorias de los conocidos y amigos de Lorca, de cuyos textos se construye una rica y multidimensional imagen del poeta, ya que cada persona evoca su propio recuerdo sobre Federico desde un punto de vista personal. Llegamos a conocer numerosos detalles de estos escritos: por ejemplo, se perfila una discreta “conspiración familiar” que organizó, con el apoyo de Fernando de los Ríos, todo el viaje. Los padres de Lorca pensaban que para su hijo mayor sería mejor alejarse –incluso geográficamente– de Emilio Aladrén y, con eso, esperaban que pudieran contener los chismes –según ellos, sin fundamento– sobre la homosexualidad de Lorca.

Entre las noticias podemos encontrar también acontecimientos emocionantes como, por ejemplo, el bautismo del hijo de Federico de Onís en el que los padrinos fueron García Lorca y *La Argentinita* (Encarnación López Júlvez), la famosa estrella de la escena española. Expresando el homenaje que sentían los padres del niño hacia García Lorca, el pequeño recibió el nombre de Juan Federico. Igualmente son interesantes los

recuerdos de Gabriel García Maroto (pintor, escritor, gráfico), considerado como *el embajador* del vanguardismo español. De estos llegamos a saber que el amigo editó en su propia imprenta el *Libro de poemas*, primer poemario de Lorca. Además, es curioso también que los caminos de los dos amigos coincidieron muchas veces: se encontraron en Madrid, Granada, Nueva York y en La Habana.

Otro detalle no menos interesante son las memorias de Sofía Megwinoff en las que la mujer evoca sus recuerdos del año 1929 cuando ella tenía 25 años y estaba en la Universidad de Columbia con el objetivo de preparar su tesina sobre la poesía de la vanguardia española y latinoamericana. Allí le ofreció la posibilidad de conocer en persona a García Lorca.

Entre los recuerdos de los amigos españoles e hispano-americanos encontramos textos de Julio Camba (escritor), León Felipe (poeta), Concha Espina (escritora), Ángel del Río (hispanista), Dámaso Alonso (poeta), María Antonieta Rivas Mercado (escritora), Emilio Amero (cineasta), Andrés Segovia (guitarrista), Antonia Mercé (bailadora y cantante), Ignacio Sánchez Mejías (torrero y poeta) y Encarnación López Júlvez (cantante y bailadora), en los que evocan sus vivencias de 1929-1930 al otro lado del océano.

Entre los amigos americanos tenemos que mencionar a Campbell Hackforth-Jones, John Crow (compañero de habitación en el campus), el ya mencionado Philip Cummings, Nella Larsen (escritora), Hart Crane (poeta), Herschel Brickell (crítico literario y editor), su esposa (Norma) y Mildred Adams (periodista hispanófilo y traductor literario).

Algunos documentos del episodio cubano cierran el volumen. La cantidad de estos –semejantemente a la de las cartas enviadas/recibidas de/en aquel país– es más limitada, sin embargo aquí también podemos leer una cronología detallada (pp. 308-318). En la selección de las memorias de los conocidos cubanos podemos leer los textos de José María Chacón y Calvo (diplomático, escritor, folklorista) y Adolfo Salazar (músico, musicólogo y crítico). Al final del libro se encuentran las fuentes de las cartas y los textos, una bibliografía y un índice onomástico.

Gracias al rico álbum de recuerdos, adjunto a la correspondencia, recibimos un cuadro plástico, variado y multifacético de Federico García Lorca. Debido a la perspectiva peculiar y el método de la compilación de textos e imágenes, podemos diferenciar por lo menos cuatro “capas” ya que junto a la autocensura positiva de las cartas enviadas a los padres, como hemos mencionado, en los mensajes escritos a los amigos se perfila un Lorca melancólico y angustiado. Las memorias de los amigos y los conocidos nos ofrecen una tercera faceta desde un punto de vista exterior, mientras que los poemas del tomo *Poeta en Nueva York* funcionan de espejo poético que refleja a otro Lorca, un hombre sin máscaras, pero escondido detrás de metáforas y símbolos surrealistas. Esta última faceta podemos ya descubrirla incluso en las misivas escritas a los amigos más íntimos, como Carlos Morla Lynch o Rafael Martínez Nadal.

Cuando se publica un libro sobre García Lorca, uno se podría preguntar si es posible decir algo nuevo sobre el inmortal granadino. No podemos negar que al abrir la monografía de Christopher Maurer y Andrew A. Anderson nosotros también tuviéramos este pensamiento, ya que el análisis de la estancia del poeta andaluz en América no es un tema novedoso en la bibliografía lorquiana. Sin embargo, nuestro prejuicio se desvaneció muy pronto –ya durante la lectura del prólogo–, y después de leer todo el libro quedamos convencidos: esta colección de cartas y recuerdos sí que puede ofrecer muchos detalles nuevos sobre García Lorca y lo hace en un formato ameno, rico en documentos, tipográficamente muy atractivo y consumible no solamente para los especialistas sino para un amplio círculo de lectores.